

Influencias de Hermann Schaaffhausen en Manuel Domínguez

José E. García

Universidad Católica, Asunción, Paraguay

INFORMACIÓN ART.

Recibido 30 octubre 2015
Aceptado 15 enero 2016

Palabras Clave
Hermann Schaaffhausen,
Manuel Domínguez,
Paraguay,
Historia de la Psicología.

RESUMEN

Las décadas finales del siglo XIX fueron escenario para la asimilación de numerosas teorías originadas en el contexto de la ciencia europea hacia diversos sectores de la producción cultural latinoamericana, por autores que se basaron en aquéllas y las incorporaron a sus propias elaboraciones conceptuales o investigaciones empíricas. Un caso especial corresponde a las discusiones sobre los orígenes y la evolución de las razas humanas. A partir de la década de 1850, la antropología alemana se vio influenciada por algunos descubrimientos paleontológicos de variedades humanas extinguidas, particularmente los hallazgos fósiles del *hombre de Neanderthal*. Una de las opiniones más relevantes en este debate fue la del antropólogo Hermann Schaaffhausen, quien también analizó numerosos asuntos que se inscriben dentro del ámbito más amplio de la antropología, entre ellos la influencia de factores como el clima y la civilización sobre la diferenciación efectiva de los tipos humanos. En Paraguay, el escritor Manuel Domínguez acusó influencia de las ideas de Schaaffhausen, trasladándolas a sus escritos y contextos de interés. Este artículo tiene como objetivo principal el estudio de esta vinculación intelectual entre Schaaffhausen y Domínguez, explorando la influencia del autor alemán sobre el pensamiento de su colega paraguayo. La metodología es de un análisis crítico de fuentes primarias y secundarias, con una especial atención en la contextualización histórica de las ideas.

Influences of Hermann Schaaffhausen on Manuel Dominguez

ABSTRACT

The final decades of the nineteenth century were the scene for the assimilation of many theories arising in the context of European science toward various sectors of the Latin American cultural production, by authors that based their research on those ideas in order to reconcile them with their own conceptual elaborations or empirical research. A special case refers to the debates concerning the study of the origins and evolution of human races. From the 1850s, German anthropology was influenced by some paleontological discoveries of extinct human varieties, particularly those fossils of the *Neanderthal man*. One of the more relevant opinions in this debate was that of the anthropologist Hermann Schaaffhausen, who also discussed many issues falling within the broader field of anthropology, among them, the influence of factors such as climate and civilization on the effective differentiation of the human varieties. In Paraguay, the historian Manuel Domínguez accused the influence of Schaaffhausen's ideas, transferring them to his writings and contexts of interest. The main objective of this article is to study the intellectual relation between Schaaffhausen and Domínguez, analyzing the influence of the German author on the thought of his Paraguayan colleague. The methodology comprises a critical analysis of both the primary and secondary sources, with a special focus on the historical contextualization of ideas.

Keywords
Hermann Schaaffhausen,
Manuel Domínguez,
Paraguay,
History of Psychology.

Las ideas dejan rastros, como la estela brillante de un vehículo que se desplaza en la oscuridad. Quien ve pasar un automóvil delante suyo en la cerrazón de la noche, y luego cierra los ojos por unos instantes, conserva la impresión visual de los faros encendidos por

algunos segundos. Pero aunque esta pueda disolverse con rapidez en las impresiones de la retina, las construcciones intelectuales subsisten por más tiempo, y la calidad de su interpretación puede incluso mejorar con el paso del tiempo. El pensamiento de cualquier

autor que pueda estudiarse de forma sistemática es tributario de influencias, inspiraciones y reconstrucciones conceptuales que, por lo general, son copiadas, adaptadas o modificadas para utilizarse en otros contextos nuevos y diferentes. De allí surge uno de los intereses principales en descifrar la continua cadena de influjos, haciendo que los conocimientos migren no solo de un cerebro a otro, sino también de una época a otra distinta y de un ambiente cultural a otro alterno. La reconstrucción de estas secuencias de conceptos e ideas, unidas en semejanzas que no siempre resultan evidentes, puede considerarse uno de los aspectos más interesantes y complejos en la tarea que cumple el historiador de las ideas psicológicas. Por supuesto, quienes escriben historias de la ciencia lo hacen de diferentes maneras, para variadas audiencias y guiados por objetivos disímiles, haciendo que la realidad estudiada por este campo resulte algo más compleja que cuanto supone el propósito simple de una narrativa cronológica (Erickson, 2010).

Estas vinculaciones singulares entre autores e ideas, y sobre todo el surgimiento de constructos teóricos en determinados contextos culturales para luego ser modificados o adaptados en otros, y acomodándose a las necesidades e interpretación de cada autor en su trabajo de investigación, se conoce como la *recepción* del conocimiento (Dagfal, 2004). Las ideas científicas se asimilan por un autor que trabaja en un medio distinto al que originalmente produjo o generó el texto apropiado (Vezzetti, 1996). Esa incorporación, desde luego, responde a necesidades intelectuales potencialmente divergentes de las que guiaron la elaboración original. Por lo tanto, no debe esperarse que la recepción se produzca exclusivamente en la dirección que conduce desde un concepto desarrollado en un ámbito científico específico para migrar después a otro que corresponde a la misma área de trabajo, aunque expresado en una teoría o un lugar geográfico diferente. La transposición de conceptos también puede originarse en un sector del conocimiento y posteriormente aflorar en otro alterno, o viajar de una ciencia particular a otra, lo cual constituye uno de los ejemplos más intrigantes que pueden observarse en la apropiación de ideas. En la producción bibliográfica actual que se refiere a la historia de la psicología en América Latina, podemos constatar varios estudios en los que resalta este modelo de la recepción, aplicado principalmente a la incorporación del conocimiento psicológico europeo de finales del siglo XIX y comienzos del XX a la teorización que se llevó a cabo en este continente. En el caso de la psicología paraguaya, que es el campo al que se circunscribe este artículo, el principio aludido se ha utilizado con menor asiduidad, especialmente para referir la asimilación de ciertos sectores de la psicología estadounidense a la psicología pedagógica (García, 2016). Además, su empleo en el ámbito de la reconstrucción histórica de las ciencias del comportamiento se ha dado solo en tiempo reciente.

Este artículo se propone examinar una faceta muy puntual en la obra de un autor identificado con el marco de la psicología paraguaya del periodo preuniversitario: Manuel Domínguez (1869-1935). Esa fase histórica, tal como se definió en publicaciones anteriores (García, 2005), comprende el dilatado lapso que media entre la instrucción escolástica de los seminarios eclesiásticos a inicios del siglo XVII hasta el origen de las primeras carreras de psicología en la sexta década del siglo XX. Domínguez constituye una de las figuras históricas de importancia en la evolución de la psicología paraguaya durante las primeras décadas del 1900. Sus contribuciones fueron analizadas en estudios previos, tanto en lo referente a su particular conceptualización del carácter nacional de los paraguayos (García, 2012, 2014a), como en sus alcances referidos a la psicología política (García, 2013), concebida en términos amplios. En esta ocasión habremos de revisar un aspecto puntual que concierne al trabajo de Domínguez y se recoge en un artículo publicado en la revista nacional *Letras* durante la segunda década del siglo XX, estableciendo una conexión específica entre su pensamiento y ciertos aspectos que corresponden al enfoque antropológico que representó Schaaffhausen. Por ello, los objetivos

trazados para este trabajo son: 1) Estudiar las nociones antropológicas básicas de Hermann Schaaffhausen y su vinculación con los descubrimientos de fósiles en los que él tuvo participación directa, 2) Examinar de forma general el pensamiento psicológico de Manuel Domínguez, 3) Analizar los vínculos especiales entre las teorías de Schaaffhausen y Domínguez, en particular el modo en que las ideas del primero sirvieron como apoyo a los argumentos esgrimidos por el segundo y 4) Estimar la relevancia y ubicación que corresponde a tales escritos en la historia de la psicología paraguaya. La metodología parte de un análisis comparado de fuentes primarias y secundarias, intentando un análisis crítico sobre los presupuestos de ambos, sus entrelazamientos mutuos y la apropiación o recepción particular que sufrieron las mismas. Esa estrategia nos permitirá igualmente una determinación de la ascendencia teórica de Schaaffhausen sobre Domínguez. Para centrar contextualmente a los autores, estudiemos brevemente los principales aportes científicos de Schaaffhausen a la antropología humana.

Primeros descubrimientos de homínidos

Los mediados del siglo XIX fueron una época de cambios trascendentales en diversos órdenes de la vida humana, tanto políticos como económicos, sociales y culturales. En el ámbito científico se sucedieron varios descubrimientos provocadores que marcaron tendencias fundamentales en el desarrollo futuro de un buen número de disciplinas académicas (Windelspecht, 2003). Uno de los más importantes y que se reconocen entre las grandes revoluciones del pensamiento fue la publicación por Charles Darwin (1809-1882) de *El origen de las especies* en 1859, así como de todas sus obras posteriores, que obligaron a plantear cambios de considerable profundidad y alcance en la interpretación humana del mundo y la concepción de nuestro lugar en el universo (Richards, 1989). Estos nuevos puntos de vista causaron fuertes remezones culturales en las entrañas de una Inglaterra de visiones religiosas muy conservadoras. Pero incluso antes, ciertos hallazgos ya habían despertado suposiciones inquietantes respecto a los comienzos remotos de los homínidos. En 1829, el médico belga Phillipe-Charles Schmerling (1791-1836) encontró los restos fósiles de un cráneo parcial que pertenecía a un niño humano (Schmerling, 1833-1834), que años más tarde habría de clasificarse como perteneciente al género *Neanderthal* (Henke, 2007). En 1848, en la Cantera Forbes, situada en la región de Gibraltar, un teniente de nombre Edmund Flint (?-1857), y del que no abundan datos históricos, encontró un nuevo fósil, el segundo registrado de la especie y el primero correspondiente a un sujeto adulto, que sería adscrito al sexo femenino a juzgar por la fragilidad que exhibían los miembros desenterrados (Brown y Finlayson, 2011). Esos despojos fueron denominados *Homo calpicus* y es posible que, de no haber caído en el olvido posteriormente, se los hubiera recordado con ese nombre y no con el que posteriormente ostentaron (Bermúdez de Castro, 2012).

En cronología histórica, un tercer descubrimiento sobrevino durante el verano de 1856, en un sitio cercano a las ciudades de Düsseldorf y Elberfeld, en Alemania. Quien estuvo asociado a su hallazgo era una de las figuras sobresalientes en la antropología germana del siglo XX, Hermann Schaaffhausen (1816-1893), un anatomista y antropólogo nacido en Coblenza. Realizó estudios de Medicina en la Universidad de Bonn, comenzando sus cursos en 1834 para luego trasladarse a la Universidad de Berlín en 1837. Obtuvo su grado profesional en 1839. Posteriormente visitó Dresde, Praga, Viena y Múnich. Continuó estudiando en París por seis meses en 1842 y posteriormente viajó a Londres en 1845. Fue nombrado profesor de fisiología en la Universidad de Bonn en 1844, donde permaneció el resto de su carrera activa. A poco de iniciar esta asignación académica, comenzó sus investigaciones antropológicas de los restos de

humanos primitivos hallados en varios lugares de Europa, tema que le apasionaba profundamente. Schaaffhausen era miembro de varias de las sociedades científicas y antropológicas alemanas de mayor importancia en su tiempo (Goodrum, 2013), así como un participante frecuente en las actividades científicas del *Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistoriques (CIAAP)*, celebrado regularmente en París a mediados del siglo (Manias, 2009).

El contexto histórico para ese tercer hallazgo fue el desenterramiento de unos huesos durante excavaciones realizadas bajo un túnel conocido como Feldhofer. En un primer momento, los vestigios no habían sido debidamente reconocidos por los trabajadores como indicadores de una especie desaparecida, confundiéndolos con osamentas de un simple animal del bosque, posiblemente un oso de gran porte. Se los entregaron a un naturalista local llamado Johann Karl Fuhlrott (1804-1877), maestro de la cercana Escuela de Elberfeld, quien hizo la correcta evaluación de que pertenecían a algún tipo de humano primitivo. Él, a su vez, se los derivó a Schaaffhausen, quien ya era un reputado profesor de anatomía en la Universidad de Bonn y reconocido experto en tales asuntos (Regal, 2004). Sin embargo, no fue el único académico intrigado por el nuevo descubrimiento, pues otro afamado profesor de Anatomía como Franz Josef Carl Mayer (1787-1865) había solicitado a Fuhlrott el envío de los huesos para su examen (Müller y Shrenk, 2008). Mayer tenía una opinión divergente a la de Schaaffhausen, pues rechazó toda posibilidad que se tratara de un fósil o de una especie humana arcaica. No hay que extrañarse por ello, pues las polémicas que surgieron fueron muchas. De todos los que se produjeron, este es el descubrimiento mejor conocido y de mayor importancia de lo que en adelante sería identificado como el *hombre de Neanderthal*. Schaaffhausen lo concibió como exponente de alguna raza anterior que posiblemente pereció a causa de su primitivismo, más que como un ancestro directo de los humanos actuales (Theunissen, 1989). Era una variante cuya existencia resultaba, hasta ese momento, desconocida por los antropólogos. Incluso, Schaaffhausen lo adscribió entre las razas más bárbaras de la humanidad (Schwartz, 1993). Las calaveras de estos fósiles tenían una conformación inferior al de la mayoría de los encontrados en las grutas, cuevas y tumbas de mayor antigüedad, por lo que el cráneo del *Neanderthal* no era superado por ningún otro en virtud de la bestialidad de su aspecto (Schaaffhausen, 1873). Su extraña morfología podría haber estado causada por la deformación, aunque bien observadas, las características dolicocefalas no resultaban comparables a ninguna forma de humano viviente (de Vos, 2014). Por eso mismo pensó que pertenecerían a alguna primitiva tribu nórdica, y no hay que extrañarse que Schaaffhausen también supusiera que esta habría sido conquistada posteriormente por los germánicos modernos (Spangenburg y Mose, 2004). Los arcos superciliares pesados, característicos de los grandes simios eran, en su opinión, atributos típicos del *Hombre de Neanderthal* (de Vos, 2009).

Este es el escenario mejor conocido del trabajo de Schaaffhausen. Sus juicios críticos actuaron de contrapeso a las visiones divergentes de los adversarios a la teoría evolucionista, que también se contaban en buen número. Uno de los más representativos era el médico patólogo Rudolf Virchow (1821-1902), que además oficiaba como el portavoz preferido de los adeptos al dogma creacionista y aún es mencionado con frecuencia en obras concebidas en nuestros días dentro del mismo contexto ideológico. Virchow insistía en que los restos encontrados de *Neanderthal*, no solamente los analizados por Fuhlrott y Schaaffhausen, sino incluso otros excavados en fechas subsiguientes, mostraban peculiaridades coincidentes con ciertas patologías físicas. El argumento, en esencia, era que los restos correspondían a seres humanos contemporáneos, aunque afectados de males bien identificables como la artritis y el raquitismo o heridas en la cabeza. Uno de los alegatos centrales para rechazar que se tratara de una especie distinta se refería al hecho que el hombre primitivo ya era por entonces conocido, en particular algunas muestras del *Hombre de Cromañón*, que habían sido descubiertos en Francia en marzo de

1868. Se sostenía que las diferencias anatómicas entre estos y los humanos actuales no eran, en realidad, excesivas (Brace, 2000), lo cual sí se arguyó con respecto al *Neanderthal*.

Esta singularidad servía para apoyar los prejuicios creacionistas, ya que daba pie a pensar en una clase única de linaje humano. Drell (2000) hace notar que opiniones semejantes a las de Virchow son un buen ejemplo de cómo los puntos de vista prevalecientes condicionaron la percepción inicial sobre las características del *Neanderthal*. La controversia que involucraron tales descubrimientos y la interpretación sobre su significado real hicieron que la investigación sobre este antepasado humano se convirtiera en un campo robusto sólo a finales del siglo XIX (Goodrum, 2009). Otro punto de vista aludía a la presumible antigüedad de los fósiles. Virchow negaba que fueran muy antiguos, considerando que la extensa fusión de las cicatrices craneales que se registraban en uno de ellos hacía suponer que se trataba de un individuo de edad mayor (Cartmill y Smith, 2009). Alguien con tales características difícilmente habría podido sobrevivir en el contexto de una cultura nómada o de cazadores-recolectores, por lo cual debía concluirse que se trataba de un individuo moderno y no alguien proveniente de una sociedad sedentaria. Otros anatomistas, como Marcellin Boule (1861-1942) en París y Grafton Elliot Smith (1871-1937) en Londres, creían que los *Neanderthal* carecían por completo de los rasgos distintivos del *Homo sapiens*, y por consiguiente debían ser excluidos de la estirpe humana (Kuper, 1996).

Sin embargo, la notoriedad científica de Schaaffhausen está lejos de circunscribirse a este único y aislado acontecimiento, por muy fundamental que resulte. Ciertamente su entrada a la galería de descubridores de fósiles célebres también le aseguró un lugar destacado en la historia de la antropología física. Pero tampoco debe ignorarse que parte de su actividad científica incluyó el desarrollo de una carrera que comprende la publicación de algunas obras mayores, como sus *Estudios de Antropología* (Schaaffhausen, 1885) y numerosos artículos en revistas especializadas y actas de congresos. En la década de 1870, Schaaffhausen tomó parte de algunos de los grandes debates concernientes a la craneometría, esto es, el estudio cuantitativo de las dimensiones del cráneo, y especialmente en las discusiones sobre los mejores criterios para estudiar las razas midiendo su capacidad craneal. El zoólogo Hermann von Jhering (1850-1930) propuso un esquema estandarizado que se esperaba sirviese para establecer procedimientos compartidos entre los antropólogos. Este recomendaba la utilización del índice cefálico, es decir, la relación de la longitud del cráneo hasta su anchura, calculadas conforme a un porcentaje preciso. Pero algunos discreparon con estas propuestas. El más notable de los disidentes fue Schaaffhausen, cuestionando la utilización de una medida de la horizontalidad mediante el establecimiento de puntos arbitrarios en el cráneo. Sugirió, en cambio, que se realizara el cálculo estimando cómo el individuo vivo podría haber sostenido su propia cabeza erguida (Zimmerman, 2001).

Schaaffhausen empezó su producción científica algunos años antes de la publicación por Darwin de *El origen de las especies*, por lo que su orientación inicial no puede afirmarse que haya sido darwiniana, al menos por lo que atañe a una estricta cronología de las ideas. Sin embargo, fue un evolucionista antes incluso de ser un seguidor de Darwin (Brace, 2010), aunque ciertamente muy crítico, como tendremos ocasión de evidenciar más tarde. Él ya había adelantado ciertos puntos de vista que se articularían después con las teorías del gran naturalista británico. Por ejemplo, en 1853 divulgó una monografía titulada *Sobre la constancia y transformación de las especies*, sugiriendo que la inmutabilidad de las formas físicas, en el modo que defendían los creacionistas no estaba comprobada. También afirmaba que las plantas vivas deben ser vistas como las descendientes de otras, mediante la transformación continua (Diez Martín, 2011). Schaaffhausen hizo hincapié en la necesidad de observaciones más exactas para arribar a conclusiones definitivas, en

especial en lo atinente a las variaciones entre diferentes especímenes. Temkin (1977) hace un encomio de esa actitud calificándola de “sobria” y remarcando a su vez el discurso del autor sobre la urgencia de más hallazgos. Amparado en este pensamiento, Schaaffhausen también confrontó, de una manera decidida, a los adversarios del pensamiento evolutivo. Como elemento adicional, las primeras traducciones de Darwin al alemán no se hicieron esperar. En 1860, tan solo un año después de publicado el original inglés, apareció la primera versión germana de *El origen*. Las polémicas y opiniones encontradas que siguieron a su edición fueron tan amplias y virulentas como en Inglaterra. Sin embargo, ya antes se habían producido otras traducciones de obras que trataban sobre el origen de las formas vivas, entre las cuales destacan los *Vestigios de una historia natural de la creación* (1887), del británico Robert Chambers (1802-1871), editado originalmente en 1844. Montgomery (1988) supone que este trabajo en particular influenció mucho a Schaaffhausen y a otros naturalistas como Carl Bernhard von Cotta (1808-1879), antes que los principios darwinianos arribaran a Alemania.

Doctrinas antropológicas

A menos que el hombre constituya una radical excepción a la gran ley que gobierna la naturaleza y predice una alteración continua en las formas de vida, impulsando un desarrollo progresivo en todas las especies, desde las inferiores hasta las superiores, entonces los humanos también se habrían desarrollado a partir de una organización más simple en la escala de los seres vivos, como la que se constata en los animales que actualmente viven junto a nosotros. Schaaffhausen vertió estas opiniones en 1868, en un artículo titulado *Sobre la forma primitiva del cráneo humano* (1868a). Por donde se las analice, eran las palabras de un evolucionista. Agregaba que las marcas distintivas de este mayor avance, y que diferencian al hombre de los monos antropoides, existen a diferentes grados en las razas humanas, lo cual torna “claramente visible” la dirección que tomaron aquéllos eventos graduales. Es decir que la constitución corporal primitiva es inferior incluso al de las razas humanas más “rudas”. Quedaba claro, además, que las condiciones así obtenidas no eran expresiones accidentales o anómalas, sino manifestaciones de la normalidad. A su vez, esto se mostraba congruente con la *ley de la coexistencia armónica*, que se presumía como un principio que gobierna la estructura de todos los cuerpos biológicos. En general, los especímenes humanos antiguos se distinguen por un destacable grosor en los huesos del cráneo, lo cual Schaaffhausen (1868a) atribuyó a una mayor potencia en la musculatura de la masticación, además de recibir una alta concentración de fosfato de calcio como resultado de los condicionamientos impuestos por la vida primitiva. Otra característica era la menor capacidad de la cavidad craneal, pese al mayor tamaño global relativo. La forma del cráneo, larga y estrecha, era un indicador de dolicocefalia, por lo que al mismo tiempo cabía suponer que un aumento de su anchura se correlacionaba con una mayor inteligencia. También mencionaba hallazgos fósiles en Inglaterra que reforzaban la hipótesis de que los humanos dolicocefalos eran más antiguos que los braquicefalos.

De esta manera, una dolicocefalia muy pronunciada denota una estructura primaria y menos avanzada en términos biológicos. La forma alargada, estrecha y casi cilíndrica es la de mayor rudeza. Esta desaparece gradualmente en la medida que el cerebro se complejiza, aumentando su tamaño y ancho. Algunos de estos aspectos se observan también en los negros, los australianos, los mongoles, y los peruanos antiguos. También en los monos antropoides y en los especímenes del *Neanderthal*. Las características registradas en los cráneos de las razas inferiores son las mismas, es decir, un hueso frontal estrecho y bajo, una sutura sagital corta y baja, el hueso occipital corto y el margen superior como un arco plano. Todas estas

son aproximaciones a la forma animal. De este modo, permanecen dos tipos “rudos” de cráneos humanos: el dolicocefalo y el braquicefalo. Schaaffhausen (1868a) reconocía que, aun cuando estas importantes diferencias no acercan evidencias concluyentes respecto al verdadero origen del hombre, las analogías correspondientes sugieren la posibilidad de una acción climática como su causa directa. El autor recuerda sus propias observaciones anteriores respecto al hecho que el gorila es dolicocefalo, y que la evidente aproximación de dos razas de humanos a los simios en los mismos países y territorios, que también los lleva a compartir algunos rasgos como el color y, lo más importante, la forma del cráneo, es una formidable objeción al precepto de la unidad en la especie humana. Contemporáneos suyos habían sugerido que incluso existen parecidos físicos destacables de los negros con los monos salvajes africanos y de los asiáticos con los orangutanes. Se pueden enumerar otros ejemplos similares que surgen de esta clase de análisis, con frecuencia contaminados de un crudo e indisoluble racismo.

La estatura y la fuerza muscular asimismo influyen sobre la dolicocefalia y la braquicefalia, y Schaaffhausen remarcó por ello la necesidad de estudiarlas en sus efectos hereditarios directos. Los hombres bajos se inclinan más a la braquicefalia, mientras que los altos a la dolicocefalia. Afirmaba, al mismo tiempo, que el predominio de la fortaleza muscular es concomitante a un menor desarrollo intelectual, lo cual incide sobre el alargamiento del cráneo, como presuntamente se había observado en algunas tribus. No es la longitud de los lóbulos occipitales, sino su creciente amplitud y altura, lo que condiciona su desarrollo más fuerte en el hombre. Por otra parte, las suturas constituyen un elemento de importancia para determinar el avance morfológico de la cabeza. En muchas cavidades craneales de “salvajes” afloran semejanzas a cuanto se observa en los niños de dos a seis años de edad, y por ello no es sorprendente que también se encuentren presentes en el hombre prehistórico, incluyendo al *Neanderthal*. Las ramificaciones de la dentición indicaban un progreso más lento y significativo del cráneo y el cerebro, y por lo tanto, mayor inteligencia. Pero quizás la marca más palpable de una organización inferior era la proyección de las mandíbulas y los dientes, habitual en muchas razas “salvajes”, y que se presenta conjuntamente con un incremento mental reducido. Tales características, las consideró inusuales en los caucásicos Schaaffhausen (1868a).

Otro elemento saliente en la conformación del cráneo es el *prognatismo*, cuyos datos proceden del trabajo de Franz Ignaz Pruner-Bey (1808-1882), médico y antropólogo alemán que habló del doble-prognatismo, una condición que surge cuando los dientes incisivos de la mandíbula inferior también se proyectan hacia adelante y establecen un ángulo agudo con los de la mandíbula superior. Los fragmentos craneales que provienen de la edad de piedra muestran un prognatismo que excede al de las especies actualmente vivientes. Con el aumento en el tamaño del cráneo, este fenómeno se habría acentuado. Tales rasgos conferían una idea aproximada de su forma primitiva. El que los fósiles humanos guarden similitudes en diferentes regiones y países podía deducirse del hecho que las razas menos favorecidas poseen las marcas correspondientes de una inferior organización. Sin embargo, no por ello Schaaffhausen (1868a) aceptó considerar la posibilidad del origen común. En su lugar sostuvo que, para las razas existentes, las dos formas encontradas no podrían ser unificadas. La braquicefalia mantenía su predominancia en Asia del norte y el sur, y la dolicocefalia continuaba siendo prevalente en Europa y Asia. Sin embargo, opinaba que el cráneo de los “salvajes” posee características que son las mismas en todas partes. Los rasgos craneales son tales que se corresponden unívocamente con un desarrollo escaso de las aptitudes y poderes mentales, cuyo adelanto guarda siempre una correlación con la mejora de la forma craneal.

Schaaffhausen (1868a) realiza la importante aseveración de que existen dos grandes influencias que determinan el carácter de las razas humanas. Estas son el clima y la civilización. Del clima dependen

la estatura, la conformación física en general y el color de la piel y el cabello. Sin embargo, es la civilización la que desarrolla el cerebro, le otorga altura y anchura al cráneo y disminuye la estructura de las mandíbulas. El clima puede facilitar o impedir la civilización, pero esta actúa sobre los caracteres de todas las razas, limitando y cambiando los efectos del ambiente. Schaaffhausen creía que mientras el clima puede influenciar decisivamente sobre la diversidad racial, lo que llama la *cultura mental* opera sobre la tendencia a la igualación de las variantes humanas. Las formas extremas se observan entre los “salvajes”, aunque cuanto más primitivas, mayor la diferencia con las actuales. Cuanto más amplia sea la distribución geográfica, el clima confiere una mayor variedad de influjos, notables en lo que podríamos denominar hoy el fenotipo de las razas. Los factores climáticos incentivan peculiaridades de la organización que se asientan y logran persistir incluso luego de haber cesado los determinantes ambientales que le dieron origen, y es en el hombre donde se identifican algunos de los ejemplos más sorprendentes, por encima de los que brindan los animales o las plantas. De todas maneras, la civilización no puede aniquilar la diversidad climática de las distintas zonas, aunque modere parcialmente su causalidad (Schaaffhausen, 1868b). El desarrollo intelectual y moral del hombre, y su estructura correspondiente, obedecen a una ley de complejidad superior. Al mismo tiempo, los diversos grados de civilización son responsables de otro género de diferencias. Recreando las palabras del autor alemán:

En tanto la naturaleza animal predomina en el hombre, el clima y la localidad tienen una influencia absoluta sobre él; pero con el despertar de la inteligencia se erige una fuerza que en las regiones más distantes es un esfuerzo por liberar al hombre de la restricción de la naturaleza, hasta que finalmente en la escala más elevada de la civilización, como podemos observar ahora, las clases más altas de sociedades humanas no meramente adoptan costumbres similares en el vestido, la vivienda y la alimentación, sino que prueban la similitud de pensamientos, sentimientos y aspiraciones, que la mayor unidad de la naturaleza humana, aunque no expresada en el primer origen de nuestra especie, sin embargo, lo que es más importante, brilla desde antes como el glorioso objeto del desarrollo humano (Schaaffhausen, 1868b, pp. 110-111).

No obstante, Schaaffhausen entendió que la forma del cráneo está determinada en primer lugar por los factores hereditarios, pero puede ser alterada por los efectos del alimento, el clima, la tensión muscular, el desarrollo mental y la interrelación con otros tipos de factores. Estas suposiciones son importantes porque dejan clara constancia que estas presunciones antropológicas no estaban limitadas a las influencias de la evolución biológica, sino que incorporaban con mucha fuerza los elementos ambientales. Como afirma el autor:

De cuanto precede, podemos considerar como establecido el axioma según el cual un cráneo que no presenta los caracteres de una organización inferior no puede ser considerado como perteneciente al hombre primitivo, aunque pueda encontrarse asociado con los restos de animales extintos. Se sigue que debemos colocar al hombre primitivo en un lugar más bajo en la escala que el más rudo de los salvajes vivientes (Schaaffhausen, 1868a, p. 431).

El pensamiento evolucionista tuvo una presencia destacada en las explicaciones antropológicas de Schaaffhausen, aunque él, en modo alguno, haya sido un dogmático. Aseveró, por ejemplo, que la hipótesis de la selección natural poseía una validez limitada en lo que concierne a la especie humana. Era consciente que en ese momento un buen grupo de naturalistas ingleses consideraban que la teoría de la evolución había otorgado una prueba definitiva sobre la unidad del género humano. Incluso, argumentaba Schaaffhausen (1868b), Darwin sostuvo que todas las variedades, especies y géneros proceden de un solo tronco. Consideró que este era el lado más débil de la teoría. En su lugar, Schaaffhausen favoreció la idea de un comienzo heterogéneo,

con similares o iguales pautas de desarrollo, alternando en diferentes regiones y períodos. Con la aceptación de múltiples orígenes, dos especies aún pueden llegar a parecerse entre sí, incluso proviniendo de diferentes lugares y momentos. Esto encajaba muy bien con la idea de la diversidad humana. El asumir un cambio progresivo no excluye la pluralidad de los orígenes. Y aunque pueda considerarse que el inicio único de la humanidad no escapa del todo a las posibilidades, resulta escasamente probable, considerando que los trazos más antiguos de nuestra especie albergan profundas diferencias entre sí. De esta manera, corona sus argumentos sentenciando que la teoría de Darwin no podía demostrar un origen único para la humanidad. Schaaffhausen creyó que el desarrollo progresivo del hombre no era algo a deducir de la teoría de Darwin, sino del hallazgo de los cráneos, que probaba el bajo grado de organización en los habitantes de algunas regiones.

Una de las características que distinguen al pensamiento evolucionista, tanto en la forma que adquirió con Darwin y sus continuadores modernos, como también en las expresiones pre-darwinistas de las que Schaaffhausen constituye un ejemplo muy apropiado, es la gran ductilidad para integrarse a otros marcos de referencia, no solo a aquellas propuestas intelectuales cuyos objetivos primarios conciernen al desarrollo de explicaciones sobre los procesos naturales en cuanto motores de los cambios evolutivos, sino también con enfoques adyacentes destinados a reforzar otras líneas de investigación. Entre estas pueden mencionarse a las que, junto a las diferencias en los aspectos biológicos y de apariencia física entre habitantes de lugares apartados, reconocen también los hábitos, costumbres, estructuras sociales y culturales como los factores que promueven la variación de las personas, las comunidades y las naciones. En los primeros años de la vigésima centuria, un lector oriundo de un país sudamericano cultivó un profundo interés en comprender lo típico y diferenciado de sus connacionales e interpretó esas particularidades en directa referencia a las adversidades históricas que había sufrido su patria. Fue un lector atento de Schaaffhausen y encontró en su trabajo los conceptos que necesitaba para otorgar un sustento claro y definido a sus formulaciones psicológicas y antropológicas. A ese autor se halla dedicada la próxima sección.

Los presupuestos de Manuel Domínguez

El caso particular de migración de ideas que analizamos en este artículo tiene lugar desde un autor alemán, Hermann Schaaffhausen, a un escritor paraguayo, Manuel Domínguez. Para la historia cultural paraguaya, el segundo de los nombrados es una figura de gran significación, aunque con un perfil intelectual muy distinto al del científico germano. Domínguez, en efecto, era un hombre formado en leyes e interesado en los estudios históricos y antropológicos. Su producción bibliográfica fue amplia y variada en lo que concierne a la temática y extensa en función a la cantidad. Abarcó varios campos, como los ya mencionados, y se desplegó de forma intensa por el lapso de varias décadas. La concentración de Domínguez en la exploración histórica no resulta accidental, habida cuenta lo común y frecuente de este campo de indagación entre los paraguayos dedicados al pensamiento, constituyendo uno de los ámbitos de investigación predominantes. El caso de Domínguez no es diferente, al menos en lo que respecta a sus prioridades temáticas esenciales. Precisamente con esta faceta de la producción histórica es que su trabajo se asocia con mayor frecuencia. Sin embargo, también destacó como un influyente jurista que tuvo bajo su responsabilidad la preparación de algunos estudios que merecieron una trascendencia crítica para la política del estado nacional, principalmente los que sirvieron para respaldar los argumentos jurídicos concernientes a los derechos nacionales sobre el gran territorio del Chaco (Centurión, 1950), una

región geográfica que Paraguay y Bolivia disputaron políticamente a comienzos del siglo XX, y cuya irresolución finalmente condujo a una guerra de tres años entre 1932 y 1935.

Paradójicamente, los estudios biográficos en profundidad sobre Domínguez no resultan numerosos, aunque un conjunto importante de libros que repasan temáticas históricas o culturales refieren detalles precisos sobre su vida. En relación a las facetas de su producción que son de interés directo para nosotros, él se movió sobre la lógica que impone una línea argumental en la que coincidían, simultáneamente, los saberes históricos y la comprensión psicológica de lo típico y característico del ser paraguayo. Una referencia a la psicología en este contexto no significa asumir el concepto como una simple licencia terminológica, o buscar su utilización para una calificación de los intereses originales de Domínguez en un lenguaje que suene moderno y congruente con el discurso actual. La realidad es diferente, pues el mismo autor ponderó su investigación en las coordenadas de una *psicología histórica* (1903a). Al escribirla, su mira estaba puesta en desentrañar ciertas claves explicativas en el comportamiento social de los nacidos en el Paraguay. Para ello, apeló como marco de fondo a la historia nacional, y en especial los hechos bélicos acaecidos en las décadas inmediatamente precedentes. Estos implantaron condiciones que surgieron dramáticamente, al amparo siniestro de la guerra que confrontó al Paraguay con sus vecinos Argentina, Brasil y Uruguay a lo largo de cinco años, desde 1865 hasta 1870. Entre los finales del siglo XIX y los comienzos del XX varias inteligencias lúcidas y comprometidas de América Latina y Europa buscaron avanzar explicaciones sobre lo distintivo y particular de los naturales en sus patrias respectivas (Valderrama, 1986). Muchos de aquéllos trabajos apelaron a los conocimientos psicológicos disponibles en el momento. En varios sentidos importantes, las motivaciones que subyacen a esos escritores mostraban aspectos divergentes. Esto, por supuesto, se explica como resultado de los diferentes condicionantes políticos en que concibieron sus ideas y las desigualdades en los supuestos metateóricos que los diferenciaron, pese a existir importantes semejanzas de fondo. Una historia comprensiva y detallada que recoja, valore y compare críticamente todas estas elaboraciones del pensamiento, aún es una tarea pendiente.

Domínguez, empero, nunca ofició como excavador de fósiles en terreno o analista de aspectos morfológicos en huesos desenterrados. Hay buenas razones para ello. En Paraguay no se encontraron restos importantes de humanos prehistóricos, incluso en el tiempo moderno. Igualmente hay que recordar que la América del Sur es la última región del mundo en ser colonizada por la avanzadilla nórdica que expandió los dominios de nuestra especie hace unos veinte mil años, conforme a los procedimientos de datación con el 14C (carbono 14) (Madsen, 2004), aunque la tendencia es admitir lapsos más recientes, de hasta doce mil años (Hopkins, 1996). Por ello, no es solo que la formación profesional que recibió Domínguez le brindaba limitadas pericias para la exploración paleontológica. El encuentro con la antropología se produjo a través de otra vertiente: la de una discusión de las propiedades inherentes a la raza, un constructo biológico en principio, pero que había tenido resonancias claras y profundas en el discurso de numerosos psicólogos y criminólogos de los siglos dieciocho y diecinueve. Su utilización osciló entre la fuerte impronta que proveyeron los libros de otros dos autores con un amplio predominio sobre la orientación de Domínguez: el criminólogo italiano Cesare Lombroso (1835-1909) y el psicólogo Théodule Ribot (1839-1916) en Francia. El concepto, obviamente, siguió un curso de evolución propia. Plas (2013) observa que la discusión de los problemas concernientes a la herencia quedó firmemente establecida en el ámbito biológico desde la publicación por el médico Prosper Lucas (1814-1899) de la obra *Traité philosophique et physiologique de l'hérédité naturelle dans les états de santé et de maladie du système nerveux* (Lucas, 1847), que sirvió de síntesis para un gran número de teorías que establecían el hecho objetivo de los procesos hereditarios, al menos desde finales

del siglo XVIII (Vallejo, 2009). El trabajo de Ribot (1873) continuó en esta línea, estableciendo con su tesis sobre la herencia lo que puede considerarse la primera producción que se ajustó a los parámetros que buscaba establecer la “nueva” psicología científica. En lo que concierne a la raza, que se suponía un resultado directo de la transmisión biológica, Ribot continuó albergando ciertas ideas que pueden considerarse expresiones de los prejuicios eurocéntricos de la época, entre ellos el de la superioridad de los blancos y la posibilidad cierta de los peligros inherentes a la degeneración racial cuando se producen ciertas mezclas. Estas concepciones, relacionadas a la prevalencia biológica de unas razas sobre otras, fueron algunos de los aspectos que se expandieron con fuerza a sus lectores criollos, y con ello también ganaron influencia sobre sus respectivos sistemas de pensamiento.

Aunque, en principio, estos conceptos puedan considerarse un componente del debate científico, los intereses de Domínguez hacia tales asuntos no fueron sólo un ejercicio nato de curiosidad intelectual, o un camino para despejar su curiosidad hacia el funcionamiento del mundo. Sus disquisiciones se encontraban ideológicamente inspiradas y respondían a necesidades muy concretas por dejar sólidamente fundamentada su apreciación sobre la psicología diferenciada en el carácter de los paraguayos, demostrando al mismo tiempo las superiores cualidades humanas que creyó vislumbrar en ellos. Sus conexiones intelectuales, y sobre todo su apoyo en el conocimiento psicológico, fueron estratégicos en este sentido, como ha sido indicado en trabajos anteriores (García, 2012, 2013, 2014a, 2014b). Del conjunto de sus observaciones sobresale la identificación de las características que distinguen a los paraguayos de los demás pueblos. Huelga decir que los puntos de vista de Domínguez precisan ser vistos en el adecuado contexto histórico en que surgieron, comprendiéndolos como antecedentes de las orientaciones actuales sobre la identidad nacional, estudios que en sus formulaciones actuales se encuentran fundamentados sobre los principios de la psicología social.

Los escritos en que Domínguez expuso sus ideas sobre los factores que condicionan el carácter nacional de los paraguayos se hallan contenidos en algunos libros (1918, 1946), así como en artículos de revistas (1903, 1915) publicados durante varias décadas, aunque no de forma sostenida y continua. En su perspectiva, existían tres conjuntos de elementos responsables de las peculiaridades que se observan en los distintos pueblos del mundo (García, en prensa). Los primeros corresponden a las causas naturales, que son lo mismo que decir, las físicas. Un aspecto esencial lo constituye la posición geográfica, que determina la variabilidad excepcional que puede hallarse en los comportamientos humanos típicos de una región a otra. Otras variables son el aspecto general del país, la extensión territorial, la configuración geográfica y las fronteras naturales, así como el suelo, el calor y el frío, la altura, el aire, la humedad, la luz, la electricidad atmosférica y el magnetismo. En relación al segundo grupo de componentes, Domínguez hizo expresa alusión a la raza. La concepción que mantuvo era la misma que Gustave Le Bon (1841-1931) postuló en *La psicología de las multitudes* (Le Bon, 1895), esto es, que el linaje étnico constituye el residuo de lo pasado y cuya resonancia conforma el “alma” de la raza. Su acción hace al hombre tanto hijo de sus progenitores como heredero de su propia estirpe. Lo que biológica y antropológicamente está constituido por la raza, se configura políticamente como la nación. Entre los constituyentes inscriptos en el tercer grupo de causas, se encuentran las psicológicas. Ellas comprenden otra nutrida variedad de elementos, como la religión, la lengua, la identidad de costumbres, el arte, la tradición y la historia.

Si bien estos puntos de vista son congruentes con los que Schaaffhausen (1868a) formuló en su artículo sobre la forma primitiva del cráneo humano, y donde aludió a la acción que ejercen el clima y la civilización, existe otra publicación en la que Domínguez realiza una asimilación incluso más explícita de las ideas del antropólogo germano. El trabajo de mención se titula “La talla y la inteligencia”

(Domínguez, 1903b) y forma parte de un grupo de siete artículos de orientación predominantemente psicológica divulgados en la *Revista del Instituto Paraguayo* (García, 2014a), editada entre 1896 y 1907. Allí compartieron espacio con otros de tendencia histórica, antropológica y literaria. Ese escrito en particular es el que resulta de mayor interés para nosotros en el marco de la actual discusión, porque en él se ubica la mención más directa y consistente a las ideas de Schaaffhausen. En solo tres páginas, Domínguez (1903b) descartaba la idea de que la raza fuese el único medio que determinaba la talla, agregando otros factores condicionantes. Entre estos se contaba la *orografía*, señalando que los individuos nacidos en lugares elevados son asimismo los de mayor altura física, pero a la vez indicando ejemplos contrarios a la norma, como el de los peruanos, que habitualmente son de estatura baja. Por ello, a la orografía cabe añadir la importancia que tienen los ambientes soleados. Los lugares bajos y húmedos no sólo cobijan individuos de menor talla, sino también probables víctimas de cretinismo y bocio. El *clima* es otra variable influyente, pues aquellos entornos más “sanos” tienen la propiedad de engendrar personas con mayor fortaleza. Finalmente, hay que tomar en consideración a la *geología*, ya que los estratos calcáreos producen hombres fuertes y altos, en comparación a los terrenos arcillosos y graníticos, que cobijan individuos pequeños. Se cuenta igualmente la *fertilidad* del suelo. Aquí, de nuevo, la tierra fecunda produce los mejores especímenes. Finalmente, menciona la *ocupación*, que igualmente podrá dejar su marca en las características físicas de los individuos.

En estas observaciones generales, que Domínguez toma en préstamo de Lombroso, se reconfirma de nuevo la importancia de los factores ambientales como elementos determinantes. Pero si se admite que la talla humana es una función superior derivada de una causalidad física o climática, cabe interrogarse también sobre las posibles relaciones que pudieran establecerse entre la talla y la inteligencia. Domínguez aseveraba, aunque sin documentar evidencia que lo sustente, que los paraguayos “de antes” se caracterizaban por ostentar una talla soberbia, estaban bien formados físicamente y les distinguía un porte atlético. Completaba esta convicción la idea de que el “salvaje” se encuentra siempre en una situación inferior al hombre “civilizado”, exhibiendo mayor debilidad y menor resistencia. Pone por caso a los patagones, que son menos fornidos que los paraguayos, a quienes describe como “blancos y civilizados” (1903b, pp. 776). El mayor vigor de estos, entre otros motivos, ocurre en razón de su talla. Y es en este punto donde, como coronación de sus argumentos, y para ponderar la relación entre la fuerza física y la fuerza mental, Domínguez se apoya en la autoridad científica de Schaaffhausen, citándolo de esta manera: “El desarrollo intelectual y el desarrollo corporal no son opuestos como podría creerse atendiendo á casos particulares, sino que están estrechamente unidos. Los pueblos más civilizados son los más bellos y los más fuertes físicamente” (citado por Domínguez, 1903b, pp. 776).

En varios de los escritos del autor, y suplementados con profusión de ejemplos (como en Domínguez, 1903a), se reiteraba la convicción de que los paraguayos, comparados a sus vecinos geográficos inmediatos, argentinos y brasileños, poseían condiciones superiores que los hacían más predispuestos a soportar de manera estoica y resistente los sucesos adversos de la vida, el dolor, el sufrimiento y las privaciones de todo tipo (García, 2012). De esto se infería la superioridad de estos sobre los demás pueblos. En el escrito sobre la talla y la inteligencia (Domínguez, 1903b), esos conceptos reaparecen explícitamente. La parte conclusiva sostiene una vez más que los paraguayos civilizados y blancos -se infiere de ello que no los de raíz indígena-, y que se encuentran hermanados étnicamente con sus vecinos, igualmente civilizados y blancos, comparten cualidades semejantes. Pero los paraguayos, al ser superiores en el aspecto físico, habrán de serlo también en los aspectos concernientes a la inteligencia. Vemos entonces, en lo básico de estas afirmaciones, y en el carácter que adquiere la argumentación, las semillas del pensamiento de

Schaaffhausen plantadas en el discurso de Domínguez. Un ejemplo oportuno, como muchos que aún es preciso explorar, de la recepción de ideas que se asienta en la base de la psicología paraguaya, contemplada en un prisma temporal.

Conclusión

Puede afirmarse con razonable seguridad que, en relación a cada autor que reviste importancia histórica para la psicología, siempre es factible explorar sus raíces y conexiones intelectuales mediante la reconstrucción del complejo entramado de conceptos que da origen y contenido a las teorías. En efecto, la psicología es una disciplina que muestra numerosas y variadas influencias, en ocasiones provenientes de campos en apariencia muy distantes. En el caso concreto de Domínguez, el rastreo y recomposición de los autores que le sirvieron de base en las diferentes aristas que reviste su trabajo nos conduce a una disección intelectual que, para ser completa, tendría que proyectarse hacia variadas direcciones. El rastro de las ideas de Schaaffhausen es apenas uno de los recorridos posibles. Como anatomista y antropólogo de restos óseos, sus intereses estuvieron centrados en problemas alejados, al menos en una primera impresión, de las inquietudes sobre las que normalmente discurren los psicólogos. Sin embargo, la necesidad de comprender los procesos filogenéticos humanos de una manera integrada con el conjunto de factores que la condicionan, lo llevaron a reflexionar sobre la importancia que juegan la cultura y los elementos ambientales en la comprensión de las transformaciones acaecidas en la forma primitiva humana. No podría ser de otra manera, habida cuenta que la selección natural constituye un fenómeno continuo y dinámico que opera produciendo cambios a partir de procesos fortuitos y accidentales originados en el ambiente exterior, y se orientan hacia la conformación de un genotipo único. El razonamiento antropológico es, en consecuencia, un complemento que forzosamente debe considerarse para integrar cualquier visión poli-causal que busque dar cuenta de la evolución humana y, en términos de la ciencia decimonónica, el proceso de formación de las razas humanas.

La aproximación de Domínguez guarda interesantes puntos de convergencia con el trabajo de Schaaffhausen, aunque desde luego, no cabe esperar coincidencias exactas. Para el escritor paraguayo, los datos y las teorías antropológicas proveían un apoyo argumental a sus esfuerzos por modelar una explicación de lo que percibía como las singularidades de los paraguayos. En el contexto de la ideología nacionalista que tuvo importantes defensores en el Paraguay a comienzos del siglo XX e influyó en el pensamiento de Domínguez, y además en congruencia con los principios que sustentaba la ciencia antropológica, la teorización sobre el carácter nacional resulta un acercamiento consistente en función a las orientaciones que primaban en ese momento. Se hallaba respaldada en el evolucionismo y el biologismo racial. Era un punto de vista mixto, que ni recargaba todo el acento sobre los fundamentos orgánicos ni tampoco echaba mano a alguna clase de ambientalismo extremo. En esta perspectiva, el apelativo causal a la raza tenía una significación destacable, lo cual también se encuentra históricamente justificado. Es así porque durante la segunda mitad del siglo XIX se hallaba en auge una tendencia a igualar la denotación del concepto con algún grupo étnico o nacional determinado que fuera posible distinguir nítidamente de otros colectivos humanos, en observancia a ciertos rasgos físicos y psicológicos que, como se asumía de hecho, les resultaban inherentes (Hawkins, 2006). Esto permitió a Domínguez articular de manera congruente una explicación para el carácter nacional donde las cualidades privativas de los habitantes del país, incluyendo tanto los aspectos físicos como los psicológicos, quedaban reducidos, en primer término, al imperio supremo, aunque no exclusivo, de la raza. Sobre esta, a su vez, el medio ambiente ejercía un crucial influjo.

Los elementos que Domínguez recoge como determinantes para el espíritu de un pueblo son los mismos que Schaaffhausen reconoció en su justificación de los efectos diferenciales del clima y la civilización sobre los tipos humanos. En esencia, las disquisiciones de ambos se dirigieron a objetos disímiles y en algunos casos divergentes. Pero en ellas se percibe una actitud muy similar que evidencia la versatilidad que puede llegar a descubrirse en el uso de los mismos constructos científicos, en un par de culturas de similar temporalidad, aunque sirviendo a desiguales necesidades explicativas.

Lo que deberíamos inquirir es si la coincidencia de conceptos entre dos autores en verdad prueba la existencia de una relación intelectual auténtica. Tanto Schaaffhausen como Domínguez analizaron los fenómenos que cayeron bajo su estudio apelando a un conjunto de conceptos muy característicos en la obra de ambos, la mayoría de los cuales no presentan una relación obvia ni necesaria con el trabajo realizado por el otro investigador. Pero en lo que concierne a los pretendidos vínculos entre el desarrollo intelectual, entendido en una secuencia filogenética, y los cambios en la estructura física, acontecidos durante los intervalos de la evolución, es indudable que conforman relaciones esenciales para las dos agendas de investigación. A un tiempo, estas variables de uso compartido pueden considerarse como factores causales en la diversificación humana. En el caso de Schaaffhausen, se notan en la paulatina ganancia de una mayor complejidad del cráneo, el cerebro, y las condiciones de vida en las diferentes especies que delimitan el linaje humano. En el caso de Domínguez, son evidentes en la configuración de rasgos corporales típicos y sobre todo en las disposiciones psicológicas que se asocian estrechamente con la nacionalidad y la “raza”. Estas clarificaciones son importantes porque nos llevan a vislumbrar no sólo las influencias intelectuales que predominaron en los orígenes de ciertas expresiones de la psicología paraguaya, sino también en el marco más amplio de la cultura nacional en general. Con las particularidades de su enfoque hacia las singularidades colectivas del carácter, Domínguez se convierte en un representante fundamental de esta vertiente de la psicología, atenta a los entrelazamientos del entorno físico, la cultura y los hábitos colectivos peculiares. Es un tema que fue muy característico de muchos intelectuales latinoamericanos de comienzos del siglo XX, aunque el paso del tiempo no ha hecho que pierda vigencia ni importancia.

La vinculación entre las ideas antropológicas de Schaaffhausen y la aproximación psicológica de Domínguez se circunscribe a un análisis congruente y efectivo sobre la causalidad del clima y los eventos ambientales, cuya acción presupone una influencia directa en la conformación diversificada de los tipos humanos. Al mismo tiempo, estos se identifican con regiones geográficas específicas. Por ello, el proceso de recepción de los conceptos del autor alemán, así como su asimilación y replanteamiento posteriores en el contexto local, lejos de resultar incidentales u oportunistas, se convierten en bisagras esenciales para la argumentación sobre el temperamento de los habitantes del país. Y para ello no es necesario que se mencione o referencie a Schaaffhausen a cada momento y en cada párrafo del texto. Sus ideas permanecen implícitas y se reconocen entre líneas, en todas las explicaciones que ensaya Domínguez sobre los orígenes de la singularidad de los paraguayos. Esa perspectiva anidó con fuerza en su pensamiento, sirviendo para conferirle un característico matiz ambientalista, que se equilibra oportunamente con alusiones frecuentes a las cualidades congénitas de la raza. Tales ideas se hallan localizadas en muchos textos de Domínguez y han sido muy típicas en la conceptualización sobre la índole de los paraguayos, especialmente durante la primera mitad del siglo XX, entre quienes abordaron estos problemas. Los textos de Manuel Domínguez, no solo el de la revista *Letras* donde se menciona de manera más explícita a Schaaffhausen (Domínguez, 1915), sino varios de sus libros y artículos anteriores y posteriores, componen el núcleo más significativo de estudios sobre el carácter nacional en el Paraguay, y constituyen la base para una

tradición psicológica orientada en este sentido (García, 2012). De allí la relevancia histórica de esos escritos. Como autor, Domínguez dejó abierta una veta para la exploración de lo idiosincrático de los habitantes del país, al esbozar problemas e interrogantes de indudable interés científico y práctico. Hasta ahora, sin embargo, estos no recibieron de los académicos contemporáneos una atención directamente proporcional a su importancia.

Referencias

- Bermúdez de Castro, J. M. (2012). *Exploradores: La historia del yacimiento de Atapuerca*. Madrid: Debate.
- Brace, C. L. (2000). *Evolution in an anthropological view*. Walnut Creek, CA: AltaMira Press.
- Brace, C. L. (2010). “Physical” Anthropology at the turn of the last century. En M. A. Little y K. A. R. Kennedy (Eds.), *Histories of American Physical Anthropology in the twentieth century* (pp. 25-53). Lanham, MD: Lexington Books.
- Brown, K., y Finlayson, C. (2011). Gibraltar. En N. Marquez-Grant y L. Fibiger (Eds.), *The Routledge Handbook of Archaeological Human Remains* (pp. 701-710). New York, NY: Routledge.
- Cartmill, M., y Smith, F. H. (2009). *The human lineage*. Hoboken, NJ: Wiley-Blackwell.
- Centurión, C. R. (1950). *Manuel Domínguez. El abogado de la patria*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Asunción.
- Chambers, R. (1887). *Vestiges of the natural history of creation*. Londres, Reino Unido: George Routledge and Sons.
- Dagfal, A. (2004). Para una “estética de la recepción” de las ideas psicológicas. *Frenia*, 4(2), 7-16.
- Darwin, C. (1859). *The origin of species by means of natural selection or the preservation of favoured races in the struggle for life*. Londres, Reino Unido: John Murray.
- de Vos, J. (2009). Receiving an ancestor in the phylogenetic tree. *Journal of the History of Biology*, 42, 361-379.
- de Vos, J. (2014). The history of paleoanthropological research in Asia: Reasons and priorities for future cooperation in research and preservation of sites and collections. En N. Sanz (Ed.), *Human origin sites and the World Heritage Convention in Asia* (pp. 68-82). Paris, Francia: United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization.
- Diez Martín, F. (2011). *Breve historia de los Neandertales*. Madrid, España: Ediciones Nowtilus.
- Domínguez, M. (1903a). Causas del heroísmo paraguayo. *Revista del Instituto Paraguayo*, 4(38), 643-675.
- Domínguez, M. (1903b). La talla y la inteligencia. *Revista del Instituto Paraguayo*, 4(39), 774-776.
- Domínguez, M. (1915). La Nación. *Letras*, 1(6), 295-304.
- Domínguez, M. (1918). *El alma de la raza*. Asunción, Paraguay: Casa Editora de Cándido Zamphirópolis.
- Domínguez, M. (1946). *El Paraguay, sus grandezas y sus glorias*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Ayacucho.
- Drell, J. R. R. (2000). Neanderthals: A history of interpretation. *Oxford Journal of Archaeology*, 19, 1-24.
- Erickson, M. (2010). Why should I read histories of science? *History of the Human Sciences*, 23(4), 68-91.
- García, J. E. (2005). Psicología, investigación y ciencia en el Paraguay: Características resaltantes en el período preuniversitario. *Revista Interamericana de Psicología*, 39(2), 305-312.
- García, J. E. (2012). El carácter nacional del Paraguay en la visión de Manuel Domínguez. *Revista Peruana de Psicología y Trabajo Social*, 1(1), 143-162.
- García, J. E. (2013). Historia y perspectivas de la psicología política en el Paraguay. *Les Cahiers de Psychologie Politique*, 22, Enero del 2013. Recuperado de: <http://lodel.irevues.inist.fr/cahierspsychologiepolitique/index/php?id2347>
- García, J. E. (2014a). Publicaciones psicológicas en la *Revista del Instituto Paraguayo*. *Universitas Psychologica*, 13(5), 1815-1833. Recuperado de: <http://revistas.javeriana.edu.co/sitio/psychologica>

- García, J. E. (2014b). Eventos y protagonistas centrales para la historia de la psicología en el Paraguay. En G. Salas (Ed.), *Historias de la Psicología en América del Sur. Diálogos y perspectivas* (pp. 142-169). La Serena, Chile: Nueva Mirada Ediciones.
- García, J. E. (2016). La recepción de William James en la obra de Ramón Indalecio Cardozo. Manuscrito enviado para publicación.
- García, J. E. (En prensa). La revista Letras y su contribución a la psicología en el Paraguay. *Revista Peruana de Psicología y Trabajo Social*.
- Goodrum, M. R. (2009). The history of human origins research and its place in the history of science: Research problems and historiography. *History of Science*, 47, 337-357.
- Goodrum, M. R. (2013). Hermann Schaaffhausen (1816-1893). En M. R. Goodrum (Ed.), *Online Biographical Dictionary of the History of Paleoanthropology* (pp. 1-6). Recuperado de: <http://www.sts.vt.edu/faculty/mgoodrum/files/Hermann%20Schaaffhausen.pdf>
- Hawkings, M. (2006). Social Darwinism and race. En S. Berger (Ed.), *A companion to nineteenth-century Europe 1789-1914* (pp. 224-235). Malden, MA: Blackwell.
- Henke, W. (2007). Historical overview of paleoanthropological research. En W. Henke y I. Tattersall (Eds.), *Handbook of paleoanthropology Volume I: Methods and approaches* (pp. 1-56). Berlin/Heidelberg, Alemania: Springer-Verlag.
- Hopkins, D. M. (1996). Introduction: The concept of Beringia. En F. H. West (Ed.), *American beginnings. The prehistory and paleoecology of Beringia* (pp. xvii-xxi). Chicago, IL: The University of Chicago Press.
- Klappenbach, H. (1999). La recepción orteguiana, Alberini y la renovación de la psicología argentina a partir de los años veinte. *Revista de Historia de la Psicología*, 20(1), 87-95.
- Klappenbach, H. (2006). Recepción de la psicología alemana y francesa en la temprana psicología argentina. *Mnemosine*, 2(1), 75-86.
- Kuper, A. (1996). *The chosen primate: Human nature and cultural diversity*. Cambridge, Reino Unido: Harvard University Press.
- Le Bon, G. (1895). *La psychologie des foules*. Paris, Francia: Félix Alcan.
- Lucas, P. (1847). *Traité philosophique et physiologique de l'hérédité naturelle dans les états de santé et de maladie du système nerveux*. París, Francia: J.-B. Ballière.
- Madsen, D. B. (2004). Colonization of the Americas before the last glacial maximum: Issues and problems. En D. B. Madsen (Ed.), *Entering America. Northeast Asia and Beringia before the last glacial maximum* (pp. 1-26). Salt Lake City, UT: University of Utah Press.
- Manias, C. (2009). The Race Prussienne controversy. Scientific internationalism and the nation. *Isis*, 100, 733-757.
- Montgomery, W. H. (1988). Germany. En T. F. Glick (Ed.), *Reception of Darwinism* (pp. 81-116). Chicago, IL: The University of Chicago Press.
- Müller, S., y Shrenk, F. (2008). *The Neanderthals*. New York, NY: Routledge.
- Plas, R. (2013). ¿Un momento spenceriano en los orígenes de la psicología «científica» francesa? *La herencia psicológica* de Théodule Ribot. *Revista de Historia de la Psicología*, 34(1), 9-24.
- Regal, B. (2004). *Human evolution. A guide to the debates*. Santa Barbara, CA: ABC-CLIO.
- Ribot, T. (1873). *L'Hérédité. Étude psychologique sur ses phénomènes, ses lois, ses causes, ses conséquences*. París, Francia: Librairie Philosophique de Ladrance.
- Richards, R. J. (1989). *Darwin and the emergence of evolutionary theories of mind and behavior*. Chicago, IL: The University of Chicago Press.
- Salas Contreras, G. (2012). La influencia europea en los inicios de la historia de la psicología en Chile. *Revista Interamericana de Psicología*, 46(1), 99-110.
- Schaaffhausen, H. (1868a). On the primitive form of the human skull. *Anthropological Review*, 6, 412-431.
- Schaaffhausen, H. (1868b). Darwinism and Anthropology. *Journal of the Anthropological Society of London*, 6, 108-118.
- Schaaffhausen, H. (1873). Sur l'anthropologie préhistorique. En *Congrès d'anthropologie et d'archéologie préhistoriques. Compte Rendu de la 6e Session* (pp. 535-549). Bruselas, Bélgica: C. Muquardt Éditeur.
- Schaaffhausen, H. (1885). *Anthropologische studien*. Bonn, Alemania: Bei Adolph Marcus.
- Schmerling, P. C. (1833-1834). *Recherches sur les ossements fossiles découverts dans les cavernes de la province de Liège*. Lieja, Bruselas: P.-J. Collardin.
- Schwartz, J. (1993). *What the bones tell us*. Tucson, AZ: The University of Arizona Press.
- Spangenburg, R., y Mose, D. (2004). *Modern Science, 1896-1945*. New York, NY: Facts on File.
- Temkin, O. (1977). *The double face of Janus and other essays in the history of medicine*. Baltimore, MD: The Johns Hopkins University Press.
- Theunissen, B. (1989). *Eugène Dubois and the Ape-Man from Java. The history of the first 'missing link' and its discoverer*. Dordrecht, Países Bajos: Kluwer Academic Publishers.
- Valderrama, P. (1986). El carácter nacional y la psicología de los pueblos en América Latina. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 18, 87-103.
- Vallejo, M. (2009). Paradojas y éxitos de una empresa imposible. Análisis de *Traité philosophique et physiologique de l'hérédité naturelle* (1847-1850) de Prosper Lucas. *Anuario de Investigaciones*, 16(2), 207-215.
- Vezzetti, H. (1996). *Aventuras de Freud en el país de los argentinos. De José Ingenieros a Enrique Pichon-Rivière*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Windelspecht, M. (2003). *Groundbreaking scientific experiments, inventions and discoveries of the 19th century*. Westport, CT: Greenwood Press.
- Zimmerman, A. (2001). *Anthropology and antihumanism in Imperial Germany*. Chicago, IL: The University of Chicago Press.